

Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and pinkish nail polish. The hand is positioned to place a dark teal puzzle piece into a larger puzzle. The puzzle pieces are set against a background of a teal surface with a faint, repeating pattern of puzzle pieces. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the edges of the puzzle pieces.

“LLEGAR A SER HIJOS ORGANICOS EN EL SEÑOR”
EI-011023-091

“LLEGAR A SER
HIJOS ORGÁNICOS
EN EL SEÑOR”

© 2023 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: octubre 2023

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-011023-091

“LLEGAR A SER HIJOS ORGÁNICOS EN EL SEÑOR”

S
E
M
Llegar a ser hijos orgánicos en Dios es la gran meta que debemos tener todos los que estamos conociendo el verdadero Evangelio. No podemos conformarnos con ser cristianos nominales, es decir, de nombre, si no que debemos apropiarnos de lo que tenemos, de lo que somos, y de lo que ha hecho el Señor con nosotros; si hacemos así, estaremos encaminándonos hacia la Vida orgánica.

A
N
A
—
1
—
Nosotros que hemos abandonado la Iglesia institucional, las liturgias evangélicas, las jerarquías, etc. debemos tener como meta ser hijos orgánicos de Dios. Por la misericordia de Dios, cada día estamos conociendo un Evangelio más orgánico, más libre de las denominaciones, más enajenado de la religión, aunque “raro” y “extraño” para los demás, y aún para nosotros mismos. Un Evangelio viviente casi siempre será “raro” para los conceptos que nos enseñó la “cristiandad sistematizada”. En nuestro caso, debido a las reuniones todo-inclusivas de Iglesia, las reuniones que llevamos a cabo en las casas, la exposición a la Palabra, y todas las prácticas que conlleva ser la Iglesia del Señor, hemos venido siendo empujados para convertirnos en creyentes orgánicos.

¿A qué nos referimos con ser creyentes orgánicos? Los creyentes orgánicos son aquellos que se han atrevido a poner como un fundamento de su vivir: “La Vida Divina”. Tales creyentes han dejado atrás el vivir por lo bueno y lo malo, han abandonado la religión, han dejado todo aquello que tiene apariencia de piedad, etc. y ahora han escogido vivir por la Vida increada de Dios. Los creyentes orgánicos son aquellos que le permiten a la Vida Divina integrarse en su propio ser, es decir, le permiten a Dios que venga a morar e imperar en su espíritu, alma y cuerpo. Un creyente orgánico es aquel que permite que Dios conquiste y esté presente en su experiencia existencial, es decir, en sus pensamientos, en sus emociones, en su libre albedrío, en su presente continuo psicológico, en su familia, en su trabajo, en sus proyectos, etc. Un creyente orgánico no buscará fuera de su interior la satisfacción, o su visión de vida, sino que cada vez estará viviendo desde su interior, desde su espíritu (que es donde se aloja inicialmente la Vida Divina), y progresivamente le permitirá a Dios que vaya invadiendo su corazón, y todo su ser.

Cuando recibimos al Señor Jesús, lo que en realidad nos sucede es que la Vida Divina de Dios viene a morar en nuestro espíritu; dicha Vida queda encapsulada en esa parte interna de nuestro ser, y debido a que no ha inundado todo lo que somos, aparentemente no pasa mayor cosa, de modo que seguimos viviendo como cualquier ser normal, seguimos viviendo de las exterioridades, y seguimos viendo la vida de manera carnal y natural. Si la Vida

Divina se queda en nuestro espíritu en esa forma encapsulada, nunca podremos exteriorizar lo que tenemos de Dios, y pareceremos como uno más del mundo.

Hay muchos hijos de Dios que les pasa la misma experiencia del hijo pródigo. Este joven que narra la Biblia se fue de casa, se malgastó todo, y llegó al punto de parecer un pordiosero. Genéticamente, ese joven tenía la sangre del padre “rico” que estaba en casa, sin embargo, llegó a caer en un estado tan deplorable que parecía cualquier cosa, menos hijo de aquel hombre tan próspero. De nada le sirvió la genética y la herencia que le dieron, si él no pudo ser un hombre productivo. Así nos puede pasar a muchos de nosotros, no hay duda que tenemos la genética de Dios, que poseemos Su Vida, que nos han dado todo en Cristo, pero en experiencia parecemos cualquier cosa menos Hijos de Dios. Tenemos las riquezas de Su Gloria a nuestro favor, y tantas cosas inherentes a la Vida increada de Dios, pero en nuestra experiencia existencial parecemos hijos pródigos hundidos en la pocilga.

Al hablar de que carecemos de Dios en nuestra experiencia existencial no nos referimos a lo tocante a nuestra vida devocional, si no a esos momentos en nuestra vida natural, que llámese trabajo, escuela, negocios, familia, planes, descanso, etc. nos damos cuenta que carecemos de todo lo que es Dios. Es como lo que le sucede a alguien que va a comer a un restaurante y a la hora de pagar, se da cuenta que no

carga su billetera, y se registra en todos lados, y se da cuenta que no carga ninguna manera de pago. Así nos pasa a muchos de nosotros, hay momentos muy álgidos en la vida donde tendríamos que tener “efectivo” divino, pero nos damos cuenta que no tenemos nada de Dios para solventar, o afrontar dichas situaciones. ¡Qué horror nos causa cuando ni siquiera un versículo de la Biblia se nos viene a la mente, sino que lo único que palpamos son tinieblas! No nos aparece nada de Dios por ningún lado. ¿Por qué tenemos este tipo de vivencias? Porque somos poco orgánicos, porque tenemos poca experiencia con la Vida Divina.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Aunque ya salimos de la religión, y ya dejamos atrás muchas cosas de la cristiandad sistematizada, aún nos falta mucho en lo que se refiere a ser creyentes orgánicos. Por ejemplo, no es normal que alguien que tenga la Vida de Dios se sienta sólo. ¿Acaso no dice la Biblia: “Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá”? La soledad debería ser una experiencia imposible para un Hijo de Dios, pero ¿Por qué tanto Hijo de Dios se siente sólo? La razón es que Dios no está en su ser emocional, Dios no es parte de su experiencia existencial, si no que lo han relegado a vivir en la profundidad de su espíritu.

La experiencia existencial es algo inherente de cada ser humano. Algunas personas en su experiencia existencial se sienten vacías, otras se mantienen dudando, otras son sumamente intelectuales, otras carecen de conocimiento, otras tienen una vida turbulenta, etc. Todos tenemos conciencia de lo que empezamos a vivir desde aproximadamente los tres años de edad, sin embargo, el entorno en el que se desarrolla nuestra vida, la forma de vivir, y los conflictos que van apareciendo conforme vamos creciendo, hacen que en mucho los seres humanos perdamos el control de nuestra vida, y que nuestra experiencia existencial se torne en un cúmulo complejo de problemas.

Nosotros los creyentes, aunque somos hijos de Dios, seguimos llenos de conflictos en nuestra

experiencia existencial. La mayoría de problemas que tenemos son por falta de identidad, son crisis de fe a causa de que aunque tenemos la Vida Divina en nuestro interior, no obstante, carecemos de ella en nuestra experiencia existencial. Podemos decir, entonces, que somos creyentes orgánicos en la medida que la Vida de Dios tiene cabida en nuestra experiencia existencial. Si alguien tiene la Vida de Dios sólo en lo profundo de su espíritu, pues, no es un creyente orgánico; ahora bien, si alguien tiene en cuenta a Dios en todo su vivir, el tal sí es un creyente orgánico.

Cabe preguntarnos: "¿Qué hemos hecho con la Vida Divina que nos dieron de pura gracia?". Antes de responder esta pregunta pensemos en el siguiente ejemplo: A dos hermanos de la Iglesia, un tercer hermano les regala, a cada uno, una semilla de aguacate. El hermano "a" decide sembrar la semilla en su patio; mientras que el hermano "b" echa la semilla en su bolsón, y se olvida que se la habían regalado. Con el pasar del tiempo el hermano "a" tendrá un floreciente árbol de aguacates en su patio, mientras que el hermano "b" seguramente encontrará la semilla de aguacate en muy mal estado, y muy probablemente, ya sea inservible. Mas o menos así es lo que nos sucede con lo espiritual, todo lo que suceda, o no, dependerá de lo que hagamos con la Vida que nos dieron de pura gracia. Si nos disponemos a que la Vida Divina invada nuestra experiencia existencial, es como que estemos sembrando la semilla en buena tierra, y tarde o temprano veremos frutos. Si hacemos lo contrario, y

hacemos de nuestro espíritu un depósito térmico bien cerrado, sencillamente seguiremos siendo como todos los mortales de la tierra, expuestos a la soledad, a las pasiones, a las amarras al pecado, a la derrota interior, etc.

Hay dos vías para llegar a ser creyentes orgánicos:

1.- SIENDO ORGÁNICOS A NIVEL PERSONAL.

Esto quiere decir que es un deber, y una responsabilidad de cada uno llegar a ser creyentes orgánicos. Independientemente de cómo sean los hermanos de la Iglesia, o cómo sea nuestra familia, o nuestro cónyuge, o nuestros hijos, o nuestros padres, etc. es responsabilidad personal ser un creyente orgánico. Aquí la pregunta es: ¿Soy yo un creyente orgánico?.

Somos creyentes orgánicos si le damos espacio a la Vida Divina en nuestra experiencia existencial, y en nuestro presente continuo psicológico. Si Dios no puede invadir estos dos aspectos de nuestra alma, sencillamente Cristo no nos será de provecho en nuestro vivir.

En cuanto a la experiencia existencial, dice **Efesios 3:17**

“... que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”.

El corazón es el centro de todo nuestro ser, es decir, aquí converge el espíritu, el alma y aún el cuerpo. El Apóstol Pablo nos dice que, en

S
E
M
A
N
A
—
3
—

primer lugar, Cristo debe habitar por la fe en nuestros corazones. En otras palabras, esto no se da por un esfuerzo, si no por creer con fe. Luego dice **Efesios 3:17**

“... a fin de que, arraigados y cimentados en amor...”.

Aquí vemos que aparte de que Cristo more por la fe en nuestros corazones, también la Vida de Dios debe arraigarse en nosotros. Dicho arraigo es la experiencia existencial, es la invasión que Dios quiere hacer en nuestro ser, de modo que nos hagamos uno con Él. La crisis de la cristiandad hoy en día es que ha encapsulado la Vida Divina a nivel del espíritu, y ésta (Vida Divina) al no estar mezclada con la experiencia existencial, es como que no estuviera habitando en el hombre.

Por otro lado, el presente continuo psicológico se refiere a la experiencia de vida que vivimos en el instante, y al hecho de tener conciencia en donde estamos. Para entenderlo en un sentido práctico, es como cuando estamos hablando con alguien pero esa persona no nos pone atención, si no que se pone nervioso, desvía la mirada, etc. podemos decir que esa persona tiene una afección en su presente continuo psicológico.

Cualquier persona que escucha una prédica, o lee la Biblia puede aprender algo de Dios, pero eso no necesariamente es vivir bajo el impulso de la Vida Divina. En esta condición lo único que nos

acontece es que “aprendemos” de Dios, pero no vivimos a Dios. Según los estudiosos, a nivel generacional, el grado de atención ha disminuido exageradamente. Hoy en día la gente ha perdido tanto su presente continuo psicológico que ya no tiene la capacidad de poner atención por más de un minuto, he allí el éxito de las plataformas digitales como tiktok, facebook, etc. que sus contenidos no duran más de un minuto. Cuán necesario es que recobremos nuestro presente psicológico, eso nos dará la identidad de que somos Hijos de Dios a cada instante; estaremos seguros, y alegres de saber lo que somos.

Al no echar mano de la Vida Divina podemos caer en el error de convertirnos en creyentes religiosos. La religiosidad lo que hace es invitarnos a vivir bajo legalismos; y una persona legalista, normalmente es aquella que enfatiza, y se enorgullece de las cosas que para él son sus puntos fuertes. Por ejemplo, si a alguien no le gustan las bebidas alcohólicas, lo que hace es llenarse de orgullo diciendo que él no tiene problemas con el alcohol. No es que él tenga victoria sobre el alcohol, si no que sencillamente no tiene un gusto por el alcohol. El problema es que mientras vivimos, nuestra carne empieza a desbordarse en los puntos débiles que tenemos, y llega el momento en que el legalismo basado en nuestras “fortalezas” ya no nos sirve para poder cubrir tales debilidades. Empecemos por ser honestos, por ser genuinos, y dejemos de fingir lo que no somos, en esto consiste ser creyentes orgánicos.

Otro error en el que caemos al no echar mano de la Vida Divina es lo que dice Efesios 4:17 “Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, 18teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”. Andar en la vanidad de la mente es andar en cosas infructuosas. Hoy en día hay una extrema inclinación por la diversión, por el placer de los ojos, y cualquier otra cosa que nos “distraiga”, toda vez y cuando eso no tenga que ver con pensar, meditar, o algo que nos haga crecer intelectualmente. El apóstol Pablo nos exhorta a que no andemos de esta manera, pues, eso nos trae como consecuencia tener un entendimiento entenebrecido y alejado de Dios. Al estar alejados de Dios, podremos ser cualquier tipo de personas, menos creyentes orgánicos. Es necesario prestarle atención a los pensamientos que de pronto aparecen en nuestra mente, y que sabemos que provienen de Dios; esos pensamientos que brotan de intuir lo que Él quiere, y darnos cuenta que dicha forma de pensar es distinta a los que tenemos normalmente. Si esto no nos acontece, o no priorizamos los pensamientos “divinos”, vamos a ir perdiendo toda conciencia de Dios.

Tenemos que meter a Dios en nuestra experiencia existencial, en nuestra mente, en nuestro momento presente psicológico. No es posible que la mente maravillosa que Dios nos ha dado nos sirva para ver largas horas de televisión, pero no para leer

la Palabra. Dios no sólo quiere estar en nuestro espíritu, Él quiere estar en nuestra mente, en nuestro presente, en nuestro vivir. Nadie puede negar que la vida más activa y consciente que tenemos es la que experimentamos en nuestra mente, en nuestro interior. Hasta la persona más callada puede reconocer que aunque externamente es callada, en su mente le vuelan los pensamientos. Es por eso que el Evangelio es un asunto interior, porque Dios quiere estar en el centro de nuestra existencia.

Si la Vida de Dios fluye desde nuestro espíritu hacia todo nuestro ser, entonces, Él también empezará a “influir” en nuestras vidas. Por supuesto, este proceso se da de manera gradual, poco a poco, hay que aprender a convivir con el Espíritu Santo, pero el resultado será maravilloso. Seguramente la mayoría de creyentes experimentamos un conflicto cuando empezamos a percibir a Dios en la experiencia existencial, pues, es obvio que lo de Dios es muy distinto a nuestra carne vendida al pecado. La Vida Divina no tiene buen paladar para la mente carnal, pues, Ella nos vendrá a gobernar, a restringir, a disciplinar, y a alinear a la voluntad de Dios. ¿Cuál será la ganancia de esta incompatibilidad de pensamientos? Ver los frutos de justicia que se producen en nosotros.

Cuando la Vida de Dios no influye en todo nuestro ser, alguien, o algo más lo hará. Nosotros somos como un terreno, que si alguien siembra maíz, seguramente crecerán en ese lugar unas bonitas milpas; pero si no se siembra nada, la naturaleza misma se encargará que en ella brote maleza, o cualquier otro tipo de plantas. Si no le permitimos a Dios que inunde nuestra vida desde el interior, seguro que trataremos de que se llene de cosas externas, y por ende, nuestra realidad consistirá en las cosas de afuera. Nosotros nos convertimos en aquello a lo que más le dedicamos tiempo y prioridad. Si un joven juega al fútbol mañana, tarde y noche, seguramente se convertirá en un futbolista. Si una persona estudia en la Universidad, años después se convertirá en un

profesional. De igual manera si nos dedicamos a las cosas banales e infructuosas de la vida, nos convertiremos en gente alejada de Dios. Por lógica, si queremos ser creyentes orgánicos debemos darle tiempo y prioridad a las cosas del Espíritu.

Para lograr tener una Vida orgánica genuina necesitamos tener una comunión objetiva y extensiva con Dios. Esto es de carácter personal. Cada creyente debe esforzarse por mantener una Vida de comunión con Dios.

LA COMUNIÓN OBJETIVA es necesaria porque nos asegura que nos hemos presentado delante de Dios, y nuestra conciencia nos da testimonio de ello. La comunión con Dios es objetiva cuando ocupamos un tiempo cronológico de nuestra vida para estar delante de Él. Pueden ser veinte minutos, media hora, una hora, etc. el tiempo dependerá de cada uno, lo que importa es que lo hagamos responsable y diariamente. No importa si nos gusta o no hacerlo, o si tenemos necesidad o no, o si estamos cansados, debemos hacerlo siempre. Muchas veces somos inconstantes para buscar al Señor porque nos cobijamos en la excusa de “no tengo tiempo” pero esto no es cierto, lo que sucede es que por naturaleza psicológicamente le huimos a Dios. De algo debemos estar seguros, que a todos nos va a costar buscar al Señor objetivamente. Si tanto nos cuesta apartar este tiempo procuremos hacerlo como familia, o bien todos juntos, o al menos cada uno en algún lado de la casa pero

conscientes de que todos estamos buscando al Señor.

LA COMUNIÓN EXTENSIVA consiste en que se haga un hábito en nosotros, a lo largo del día, estar conectados con Dios a nivel de nuestra parte racional y emocional. Después de haber orado y leído La Escritura de manera objetiva, no habrá nada mejor que procurar mantenernos en los pensamientos que leímos, y en lo que meditamos en Dios. Dicha práctica y constancia seguramente nos llevará a ser creyentes orgánicos.

2.- SIENDO ORGÁNICOS EN LO CORPORATIVO:

Nadie es orgánico sólo por asistir a las reuniones de la Iglesia, o por practicar una liturgia diferente a las demás Iglesias. Para que alguien pueda ser un creyente orgánico dentro de una Iglesia, debe tener una revelación clara y fresca en cuanto al Cuerpo de Cristo. Dice **Efesios 1:17**

“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, 18alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... 22y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, 23la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”.

El contexto de este pasaje se refiere a creyentes que pueden estar relacionados con la Iglesia local a la que pertenecen porque tienen una revelación clara de lo que es el Cuerpo de Cristo. Esto quiere decir que no todos los que asisten a la Iglesia están viviendo una experiencia orgánica, pues, esto depende del grado de revelación que cada uno tenga. No basta con llegar a la reunión y abrazar a los hermanos de la Iglesia, si no de tener una revelación de que ellos son la Iglesia.

S

E

M

A

N

A

—

5

—

En este pasaje el apóstol Pablo dice que debemos tener espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Él.

Tener espíritu de sabiduría es como tener un cofre en nuestro corazón en el cual vamos acumulando las perlas que Dios nos da en cuanto al conocimiento de Él. Nunca podremos aportar a otros lo que no tengamos acumulado en ese cofre. No nos referimos a que debemos tener retentiva, o memoria fotográfica. El verdadero conocimiento, o la sabiduría de la que el apóstol Pablo nos está hablando es lo que se llega a encarnar en nosotros, y que se convierte para nosotros en un patrimonio. ¿Estamos atesorando la Palabra? ¿Amamos la Palabra? Empecemos por valorar la Palabra del Señor, que cada vez que escuchemos la profecía digamos: Bendito el que viene en el Nombre del Señor. Paguemos el precio por la Verdad, y atesorémosla en el corazón.

Alguien podrá decir: “Yo ya conozco el misterio que es Cristo y la Iglesia”, ¡sí! pero debe conocerlo junto con la revelación. Todos asistimos a las reuniones de la Iglesia por la “sabiduría”, porque llegamos a conocer lo que es la Iglesia, ahora bien, debemos también procurar asistir con “revelación” para poder entrar verdaderamente a la dimensión del Cuerpo.

Tener revelación de algo es poder ver ese “algo” sin el velo, es decir, es ver algo con frescura. ¿Cómo podemos saber si tenemos revelación? Un

indicador para saberlo es si nos sigue impresionando la Palabra cada vez que nos acercamos a ella. Si ya no le sentimos gusto a lo que Dios nos habla en las reuniones, si ya le perdimos el gusto a la profecía, si ya no vemos con agrado a los hermanos, es porque hemos perdido la llave de la revelación.

Además, aprovechemos las reuniones para ver a Cristo en los hermanos, que no se nos apague la luz de la revelación para poder ver a Dios mismo en ellos. No olvidemos el testimonio del Apóstol Pablo cuando él oyó una voz que le decía:

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? 5El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues”

Hechos 9:4–5

Que no se nos apague esa luz que nos hace ver más allá de simples mortales reunidos en un lugar; bendita luz que nos permite ver a Cristo mismo en nuestros hermanos.

¡Procuremos ser hijos orgánicos en Dios, que esa sea nuestra meta!